

Lealtades invisibles y endeudamiento
transgeneracional: genealogía femenina en
El cuerpo en que nací, de Guadalupe Nettel

La herida imparable, e irreparable, es la del corte del cordón
Luce Irigaray, 1994, p.39

René Camilo García Rivera
<https://orcid.org/0000-0002-0238-1711>
Universidad Complutense de Madrid
rene.garcia@ucm.es

Lis García Arango
<https://orcid.org/0000-0001-6305-4530>
Universidad Complutense de Madrid
lisgar06@ucm.es

RESUMEN

El artículo analiza la novela *El cuerpo en que nací* (Guadalupe Nettel, 2011) desde la perspectiva de las genealogías feministas y la psicología transgeneracional. El trabajo identifica los rasgos de las relaciones transgeneracionales entre los personajes femeninos, la transgresión de las lealtades invisibles y el endeudamiento intrafamiliar. Como referentes teóricos, la investigación asume las propuestas de Alejandra Restrepo y Luce Irigaray (con relación a las genealogías femeninas) y de Iván Boszormenyi-Nagy y Geraldine M.Spark (en lo relativo a la psicología transgeneracional). El análisis encuentra las razones del conflicto en las dispares lealtades al interior de la familia: mientras la abuela defiende la genealogía patriarcal, la madre intenta fundar su propia genealogía feminista.



<https://doi.org/10.18800/lexis.202502.015>

e-ISSN 2223-3768

Palabras clave: genealogía feminista, psicología transgeneracional, análisis literario, Guadalupe Nettel, escrituras del yo

Invisible Loyalties and Transgenerational Debt: Feminist Genealogy in *El cuerpo en que nací* by Guadalupe Nettel

ABSTRACT

This article examines the novel *El cuerpo en que nací* (Guadalupe Nettel, 2011) through the lens of feminist genealogies and transgenerational psychology. The study identifies the features of transgenerational relationships among the female characters, the transgression of invisible loyalties, and the emergence of intrafamilial debt. The analysis draws on the theoretical contributions of Alejandra Restrepo and Luce Irigaray (regarding female genealogies), as well as those of Iván Boszormenyi-Nagy and Geraldine M. Spark (in relation to transgenerational psychology). The article argues that the core of the conflict lies in the divergent loyalties within the family: while the grandmother upholds the patriarchal genealogy, the mother attempts to establish her own feminist genealogy.

Keywords: feminist genealogy, transgenerational psychology, literary analysis, Guadalupe Nettel, life writing

Durante las últimas décadas, las escrituras del yo han demostrado un notable ascenso en las letras hispanoamericanas escritas por mujeres. Autoras como Rita Indiana, Zoé Valdés, Karla Suárez, Wendy Guerra, Ana Lidia Vega, Gioconda Belli, Reyna Grande, Guadalupe Nettel, entre otras, han emergido como referentes literarios en el continente. En el centro de sus obras destacan relatos donde integran las experiencias reales de sus vidas, en un espectro que abarca desde las autobiografías a las autoficciones.

En el discurso autobiográfico de las narradoras hispanoamericanas contemporáneas, la infancia constituye un tema recurrente en la reconstrucción de la identidad; la representación del ambiente hogareño, las relaciones con los familiares y el entorno escolar esbozan un paisaje perdurable en las ideas, creencias y conflictos del narrador adulto. Un tópico donde se manifiestan dichos asuntos

resultan las genealogías, es decir, la filiación generacional entre diversos personajes usualmente emparentados sanguíneamente.

A través del recuento de las diversas generaciones, las narradoras recuperan la memoria de su familia, representan los contextos sociohistóricos de las tramas e indagan en el problema histórico de la mujer. A partir de estas prácticas discursivas y artísticas, las escritoras restablecen el hilo transgeneracional entre diferentes mujeres, tema abordado en el presente trabajo.

Para ello, el artículo analiza la novela *El cuerpo en que nací* (Guadalupe Nettel 2011), desde el marco teórico-metodológico de las genealogías feministas y la psicología transgeneracional. En concreto, pretende identificar los rasgos de las relaciones transgeneracionales en la conformación de lealtades invisibles y endeudamientos entre los personajes de la hija, la madre y la abuela.

Como hipótesis, el análisis considera que en la novela las relaciones entre abuela, madre e hija evidencian un conflicto entre distintas genealogías —una patriarcal, otra feminista— que desemboca en la traición de las “lealtades invisibles” y en el endeudamiento transgeneracional; esta dinámica conduce a la fragmentación del linaje femenino e impide la continuidad de su auténtica genealogía.

La estructura del trabajo se compone de tres momentos. En primer lugar, se delimita el marco teórico a través de la revisión bibliográfica sobre las genealogías, en específico las feministas; para ello, se conceptualiza la categoría en tanto metodología para los estudios literarios y culturales. Adicionalmente, se exponen los principios del campo de la psicogenealogía, la perspectiva mediante la cual se analiza la representación genealógica en los textos de ficción. En un segundo momento, se procede al análisis literario de la obra *El cuerpo en que nací*. En este apartado, se focaliza en la tríada madre-abuela-hija/nieta, pues se indaga en las formas como se constituyen y desarrollan las relaciones entre las diversas generaciones de mujeres. Finalmente, en el acápite de las conclusiones, se sintetizan los principales hallazgos del análisis y se responde explícitamente al objetivo.

GENEALOGÍAS FEMINISTAS Y PSICOGENEALOGÍA: CAMPOS CONVERGENTES EN LA INVESTIGACIÓN LITERARIA

Como señala Luce Irigaray en el ensayo *El cuerpo a cuerpo con la madre* (1994), en la sociedad patriarcal la ley del padre se instaura como resultado de un asesinato de la madre, una metáfora derivada de numerosos mitos como el de Clitemnestra:

El orden pide que ella muera a manos de su hijo, inspirado por el oráculo de Apolo, hijo dilecto de Zeus: el Dios Padre. Orestes mata a su madre porque así lo exigen el imperio del Dios Padre y su apropiación de los arcaicos poderes de la tierra-madre. Mata a su madre y enloquece a resultas de ello, al igual que su hermana Electra. Pero Electra, la hija, continuará loca. El hijo matricida debe ser salvado de la locura para poder instaurar el orden patriarcal (Irigaray 1994: 35).

La reconstrucción de la identidad a partir de la restitución simbólica del cordón (es decir, de los vínculos prioritarios con la madre), supone el establecimiento de las genealogías femeninas, una metodología de investigación emergente entre los estudios feministas, socioculturales y antropológicos. Según Alejandra Restrepo (2016: 37), “la genealogía feminista es un ejercicio de síntesis de la experiencia de un sujeto diverso y que se multiplica, un sujeto con una voz colectiva y a la vez polifónica”. El propósito de dichas genealogías radica en reivindicar “la autorización entre mujeres, la resignificación de la relación entre ellas, al amor entre ellas, con lo cual inevitablemente se erosiona la idea tradicional de la familia como institución fundamental de la cultura patriarcal” (2016:34).

Las genealogías feministas también han emergido como un método viable en los estudios literarios de los últimos tiempos. Los trabajos de Sabrina Soledad Yáñez (2017), David Becerra Mayor (2019), Sandra Ivette González Ruiz (2019), Asunción Bernárdez Rodal (2020), Carla Yadira De León Alvarado (2020), Roberto Breganni (2021), Luz Ainaí Morales Pino (2022) y Karime Aylen Anguiano Treviño (2024) demuestran la pertinencia del enfoque, así como su ascenso en el campo de las letras hispanoamericanas.

En la investigación literaria, la reconstrucción de las genealogías feministas suele proseguir un recorrido desde lo intradiegético a lo extradiegético; es decir, la lectura de los textos explora una equivalencia con la experiencia biográfica del autor, un cotejo donde se imbrica el ambiente familiar y el contexto sociohistórico de producción de la obra. Sin embargo, en los géneros de las escrituras del yo, ocurre una particularidad: tanto la historia interna como la externa se superponen en el plano de la ficción (con mayor coincidencia en las autobiografías, aunque en cierta medida también en las autoficciones).

Este hecho facilita una nueva posibilidad para el procedimiento, consistente en el análisis de las genealogías al interior de las obras. Esta perspectiva, más que focalizarse en la correlación entre las referencias literarias y el mundo real, se centra en la dimensión simbólica de los vínculos transgeneracionales en el espacio diegético; pero no un simbolismo abstracto, arbitrario o desconectado de la realidad, sino anclado, leído y reinterpretado en la tradición cultural del sujeto enunciante (en el caso del presente artículo, narradoras hispanoamericanas contemporáneas).

A partir de la dimensión simbólica de los vínculos transgeneracionales en la diégesis literaria, la reconstrucción de las genealogías feministas proyecta una mirada amplia sobre el libro *El cuerpo en que nací*. Más que indagar en la individualidad del sujeto enunciante (que en las escrituras del yo remite a la autora del libro), el análisis comprende la colectividad de sujetos afines a la descripción literaria, es decir, al colectivo de mujeres que comparten rasgos comunes y que afrontan un contexto sociocultural semejante.

Esta perspectiva potencia la relevancia de los estudios literarios, toda vez que se aproxima a la literatura como un fenómeno social, capaz de representar estructuras transversales a la condición femenina en la sociedad patriarcal.

La reconstrucción de genealogías, en tanto metodología para los estudios críticos de corte feminista, representan una “estrategia de gran potencial para el reconocimiento de la acción política de las mujeres y de las feministas” (Restrepo 2016: 32). Más que rela-

cionar una serie de individuos emparentados entre sí por el vínculo sanguíneo, estos trabajos buscan explicaciones sobre la situación actual del género femenino; asimismo, indagan en las raíces culturales e históricas que producen las condiciones de desigualdad y discriminación de la mujer, y más importante, en las maneras de revertirlas. En palabras de Alejandra Restrepo (2016), la genealogía feminista revisa y critica el presente mediante la consideración de las ideas y experiencias de las mujeres, moldeadas por la cultura y la historia.

La búsqueda de filiación de un sujeto colectivo (las mujeres), a partir de múltiples y diversos elementos como los saberes, las ideas y las prácticas, desborda el lazo meramente sanguíneo; la pesquisa se instala en otros terrenos más transversales y abiertos, como la política, la estética o el pensamiento. Más que una filiación en los términos estrictos de la palabra, las genealogías feministas se constituyen a partir de la afiliación, un vínculo que según Luce Irigaray se sustenta en el amor hacia otras mujeres (1994: 43).

La distinción de Irigaray entre una genealogía materna y otra paterna revela dos de los cuatro tipos de genealogías identificadas por los estudios críticos. Junto a la genealogía patriarcal y la materna (también definida como femenina), las investigadoras Alejandra Restrepo (2016) y Rosa María Rodríguez (2004) citan la de la deconstrucción del poder/saber (de raíces foucaultianas) y las propiamente feministas.

En las sociedades patriarcales, como sugiere el nombre, la genealogía predominante resulta la del padre. Esta práctica cultural, política y legal-administrativa se instituye desde el momento del alumbramiento, cuando el recién nacido adopta el apellido paterno ante el Registro Civil. “Cuando se le da apellido a la criatura, éste ya viene a ocupar el lugar de la señal más irreductible del nacimiento, el ombligo”, asegura Luce Irigaray (1994: 37). Esta práctica implica el desplazamiento de la madre (la mujer procreadora) hacia un plano secundario en la conformación de la identidad originaria, pues el etiquetado onomástico se halla desfasado “respecto al más irreducible rastro de identidad: la cicatriz del corte del cordón” (1994: 37).

Este desplazamiento inicial de la mujer responde a lógicas políticas y de poder al interior de la sociedad. Como señala Rosa María Rodríguez (2004: 60), este tipo de organización persigue el objetivo de estructurar las familias dentro de un linaje, para sellar los pactos económicos y de defensa con otras familias y clanes. La sociedad patriarcal, que tiene como objetivo la perpetuación y defensa del grupo, necesita distinguir dos factores centrales: por un lado, la línea legítima de la herencia; del otro, la posición del parentesco en la genealogía (2004: 60).

En la sociedad patriarcal, donde el linaje se constituye a partir de la referencia paterna, el vínculo entre las diferentes generaciones de mujeres aparece coartado continuamente; en cierto modo, el sexo femenino resulta condenado a la “infertilidad” genealógica, pues su estirpe nace y muere con ella sin poder transmitirse a la siguiente generación. Este borrado de la descendencia se refleja en el hecho de que la mujer, en un primer momento, pertenece al hogar paterno donde ha nacido; luego, en la adulterez, se desvanece el vínculo con la madre al unirse al linaje del marido y la familia política (Restrepo 2016: 25). De este modo, la conservación de la filiación masculina instaura un orden simbólico, diversas normas y concepciones que rigen una organización social sustentada en la transmisión de los valores masculinos (2016: 25).

En las últimas décadas, con el ascenso y reivindicaciones del movimiento feminista, se ha reclamado la restitución de la mujer en la conformación de las genealogías. El rescate del hilo conductor entre diversas generaciones de mujeres posibilita la reconquista de la identidad propia, fenómeno que deriva en el empoderamiento para revertir su dominación y el sometimiento en la sociedad patriarcal.

Estas genealogías femeninas (no estrictamente feministas) pretenden rescatar el lugar de la mujer en la historia. Al identificar referentes femeninos en distintas áreas de la vida (el arte, la ciencia, la política, la guerra, etc.), se ponen en valor las acciones y méritos de las generaciones pasadas, lo que responde a la lógica de la justicia restaurativa y la sanación de los traumas legados. Al mismo tiempo, a través de la restitución de las negadas genealogías femeninas, se

procede a “la deconstrucción de las relaciones entre las mujeres y la reconciliación con la madre simbólica” (Restrepo 2016: 31).

La reconstrucción de las genealogías femeninas respeta dos rasgos fundamentales: la autonomía de la mujer y su capacidad “maternal” consustancial al género. Con relación a la autonomía, el principio alude a la facultad crítica de la persona, quien no recibe una herencia o legado inamovible de las relaciones de dominación y resistencia inherentes a la sociedad patriarcal, sino que evidencia “un interesado y consciente pensar y repensar la historia y la historicidad. Un repensar que tiene como núcleo la autonomía de las mujeres y la autodeterminación” (Alexander y Mohanty 2004: 142).

La capacidad maternal, por otra parte, ataña a la naturaleza procreadora del sexo femenino; dicho potencial trasciende la mera reproducción biológica, pues incluye la creación de “amor, deseo, lenguaje, arte, expresión social, política, religiosa, etc.” (Irigaray 1994: 41). La denuncia radica en que “esta procreación nos ha estado secularmente prohibida y es preciso que nos reapropiemos esta dimensión maternal, que en tanto mujeres, nos pertenece” (1994: 41).

La perspectiva de autoras como Luce Irigaray, identificadas con el feminismo de la diferencia, abren paso a las mencionadas genealogías femeninas, es decir, recuentos encaminados a “la recuperación de prototipos literarios y mitológicos, galería de mujeres ilustres, que busca la construcción del imaginario, la simbología, la memoria y la presencia femeninas, y que incluye por tanto a mujeres reales y ficticias, feministas o no” (Rodríguez 1997: 33). Las genealogías feministas, por otra parte, replican rasgos semejantes a las genealogías femeninas (como el rescate de los legados de mujeres relevantes en la historia), pero se focaliza en otras tres dimensiones más específicas: la restauración de una memoria colectiva de las luchas por la emancipación de la mujer, la reivindicación de las pioneras que contribuyeron a los logros feministas con sus ideas y acciones, y la reflexión sobre la problemática gnoseológica del sujeto femenino (1997: 33).

Las genealogías feministas no rastrean exclusivamente las relaciones filiales entre mujeres. Como señala Alejandra Restrepo (2016: 16), “el feminismo le apuesta a las construcciones genealógicas desde una perspectiva crítica, que se distancia de la obsesión por identificar líneas de parentesco”; en su lugar, proponen “una forma de historia que da cuenta, por un lado, de la constitución de los saberes y de los discursos, y por otro, de la constitución de un cuerpo, de un sujeto en la trama socio-histórica” (Gonçalvez 2005: 55).

Al constituir el sujeto femenino mediante el método de las genealogías, se establece un lazo entre el pasado y el presente de la condición femenina; la relación, más que forjar un vínculo causa-efecto entre el contexto histórico y los casos particulares, plantea un marco cultural para considerar las obras de las mujeres según sus circunstancias específicas. Dicho precepto, a la vez que conserva el nexo entre las diferentes generaciones, previene los juicios y valoraciones desde los paradigmas y concepciones actuales; a su vez, deriva en un ejercicio de justicia restaurativa con nuestras antepasadas y sus aportes a la lucha feminista:

Como recuperación de los saberes de las mujeres, la genealogía feminista implica un ejercicio arqueológico de lo sistemáticamente invisibilizado, una reconstrucción de la memoria colectiva a partir de la materialidad documental, que en el caso de las mujeres es un acervo cultural con unas características muy particulares (Restrepo 2016: 37).

En el proceso de recuperación de los saberes invisibilizados y/o perdidos, se traspasan de forma natural concepciones que no necesariamente compaginan con las aspiraciones feministas. Por los mismos cauces donde se transmiten las ideas de liberación y empoderamiento, se reproducen las estructuras de dominación patriarcal y los esquemas conservadores. Desde la perspectiva de las genealogías feministas, más que proponer nuevos canales, se apela a la naturaleza de los mensajes entre las diversas mujeres, con el propósito de fomentar la comunicación emancipadora al interior de la cadena genealógica. En este sentido, una de las disciplinas que mejor

aborda las relaciones entre generaciones (incluida la transmisión de ideas y nociones intangibles), resulta la llamada psicogenealogía o psicología transgeneracional.

Considerada una herramienta médica y terapéutica, la psicología transgeneracional explora los complejos vínculos al interior de las familias, incluidos los antepasados y la descendencia. Según esta perspectiva, el análisis del sistema familiar puede evidenciar las causas del malestar “físico, mental, social, económico, funcional, espiritual y afectivo de una persona” (Araujo-Herrera y Almeida-Rodríguez 2015:96). Con el mismo enfoque arqueológico de las genealogías feministas, la técnica indaga en situaciones pasadas que comprometen el bienestar del individuo, “tales como secretos de familia que perduran por años, abusos, incestos, violaciones; sucesos, que llevan al individuo a repeticiones inconscientes que lo enferman físicamente” (2015: 96).

Más allá del ámbito terapéutico, la psicología transgeneracional puede aplicarse a los estudios literarios como modelo de lectura simbólica. En lugar de indagar en las relaciones familiares como origen de trastornos mentales o psicológicos, permite reconocerlas en tanto estructuras narrativas capaces de transmitir valores, traumas y silencios entre sus miembros. En este sentido, los relatos literarios funcionan como un espacio de resonancia donde las deudas y las lealtades invisibles se traducen en procedimientos formales, esto es, recursos como las rupturas temporales, la elipsis, la reescritura de la memoria y los ciclos que conforman un eterno retorno a lo largo de las tramas.

En los géneros de las escrituras del yo —como en la autoficción de Nettel—, esta lectura adquiere una mayor relevancia. La narración del pasado familiar se presenta con una vocación reparadora: al contar la historia, la narradora reescribe su posición dentro del entramado genealógico, renegocia las deudas afectivas y redefine su identidad. No extraña, por tanto, que la autora sitúe la narración como parte de una consulta de psicoanálisis con la Dra. Sazlavski, pues en última instancia la escritura se convierte en un ejercicio de sanación.

En concreto, la psicogenealogía identifica las raíces transgeneracionales que condicionan la vida presente de los individuos mediante la reconstrucción de la historia familiar. La disciplina se interesa en tres conceptos fundamentales que indagan en la naturaleza humana: el origen, la transmisión y la identidad de los conflictos (Araujo-Herrera y Almeida-Rodríguez 2015: 97). Aunque las tres categorías aparecen indisolublemente ligadas, en el presente artículo interesa focalizarse en la fase de transmisión, es decir, en los modos y dinámicas que intervienen en la comunicación de concepciones e ideas de una generación a otra.

En tal sentido, la investigación de Iván Boszormenyi-Nagy y Geraldine M. Spark (1983) propone una serie de pautas para explicar las complejas relaciones transgeneracionales, tanto al interior de las familias como de colectividades más amplias (la religión, la nación, las culturas, etc.). De acuerdo con la hipótesis de estos psicólogos, los valores se transmiten entre miembros de una generación a otra, mediante el endeudamiento y el compromiso con determinadas expectativas y acciones que cada individuo interioriza y repite (consciente o inconscientemente).

Boszormenyi-Nagy y Spark (1983) defienden el principio de lealtad como sustento de la estabilidad grupal. Según sus propias palabras, “los compromisos de lealtad son como fibras invisibles pero resistentes que mantienen unidos fragmentos complejos de «conducta» relacional, tanto en las familias como en la sociedad en su conjunto” (1983:40). Aunque el origen etimológico de lealtad deriva de la palabra francesa *loi* (ley), los autores recalcan que su naturaleza no reside en la explicitación y codificación de normas de obligado cumplimiento, sino más bien en una trama invisible de expectativas grupales: “el concepto de una trama de lealtad multipersonal implica la existencia de expectativas estructuradas de grupo, en relación con las cuales todos los miembros adquieren un compromiso” (1983:39).

De acuerdo con estos estudiosos, el cumplimiento o evasión de las expectativas, así como las múltiples acciones relacionadas con el grupo, se registran en una especie de libro de contabilidad (el libro

mayor). A partir de las cuentas de dichas inscripciones, cada individuo concibe su justa posición, un lugar reservado por el mérito y aportes al entorno familiar:

Toda persona contabiliza su percepción de los balances del toma y daca pasado, presente y futuro. Lo que se ha «invertido» en el sistema [familiar] por medio de la disponibilidad, y lo que se ha extraído en forma de apoyo recibido o el propio uso expoliador de los demás, sigue escrito en las cuentas invisibles de obligaciones (Boszormenyi-Nagy y Spark 1983:40).

El libro mayor, este registro donde se inscriben la lealtad y los méritos del grupo familiar, posee un carácter imperecedero y general. En otras palabras, aunque atañe a cada persona de forma individual, engloba a todo el grupo familiar, incluso a los antepasados y a la descendencia potencial. Esta dinámica de contabilización diacrónica deriva en el llamado endeudamiento trasgeneracional, una condición preexistente a la persona que, en primera instancia, demanda de sí la reciprocidad y lealtad con los ancestros:

El hecho de que el individuo deba saldar cuentas de justicia e injusticia no adquiridas, aunque acumuladas, necesariamente parte del supuesto de una cuantificación implícita de interacciones sobre la base de la equidad (un libro mayor invisible, una contabilización de méritos trasgeneracional) (Boszormenyi-Nagy y Spark 1983:52).

El concepto del endeudamiento transgeneracional, así como el de lealtades invisibles, posibilita indagar en las complejas relaciones al interior de las diversas genealogías —y lo que más interesa para el presente artículo, de las genealogías de mujeres. Mediante la observación de dichas categorías, se pueden describir los conflictos entre abuelas, madres y nietas expuestos en las obras literarias, así como comprender más diáfanalemente las motivaciones ocultas de los personajes en la relación con sus familias.

Si bien la genealogía feminista y la psicología transgeneracional provienen de diferentes campos del saber, ambas convergen en un objeto común: el vínculo entre diversas generaciones, más concreta-

mente, de mujeres. En la literatura, estas corrientes se reconcilian en la medida en que abordan la ruptura del linaje femenino en etapas diversas: mientras la genealogía feminista focaliza el momento de exclusión femenina (el corte del cordón, la aniquilación de la estirpe de la madre); la psicología transgeneracional explora los mecanismos de transmisión de dicho trauma (a través de las lealtades invisibles y el endeudamiento).

“EL CUERPO EN QUE NACÍ”: LEALTADES Y CONFLICTOS EN LA GENEALOGÍA DE LAS MADRES

La narradora Guadalupe Nettel (Ciudad de México, 1973) posee una prolífica carrera que se remonta a los primeros años de la década de 1990. Sin embargo, sus mayores reconocimientos acaecieron a partir del año 2005, cuando resultó finalista en el Premio Herralde por la novela *El huésped*. Desde entonces, se sucedieron una serie de reconocimientos como el Premio de Narrativa Breve Ribera del Duero (2013, por el libro de cuentos *El matrimonio de los peces rojos*), el Herralde de Novela (2014, por *Después del invierno*) y el Premio Cálamo (en 2020, por *La hija única*).

La obra de Nettel evidencia una poética eminentemente introspectiva, alejada de los relatos histórico-sociales característicos del siglo XX, y focalizada en la vida cotidiana de sujetos de las grandes ciudades. Como señala Roberta Tennenini (2020: 2), la autora posee “una mirada literaria descentrada, que presta atención a lo extraño y lo nimio para escudriñar los recovecos del alma humana e interrogar el presente desde los márgenes de la realidad”.

En Nettel, la exploración de los márgenes de la realidad desemboca en dos temáticas frecuentes: por un lado, lo fantástico e inverosímil; por el otro, lo abyecto y lo perverso. El territorio por antonomasia donde convergen ambas tendencias es el cuerpo: “en todas sus novelas y cuentos, el cuerpo —en relación con su construcción individual y social— es la problemática central que (...) ataña a los sujetos marginales, protagonistas y narradores de la diégesis” (Escobar Guzmán 2018: 139). Esta afirmación resulta

especialmente diáfana en *El cuerpo en que nací*, un texto autoficción donde se establecen notables paralelismos entre la narradora (una mujer que cuenta pasajes de su infancia a su psicoanalista) y la propia autora.

Coincidencias como el origen social común (una acomodada familia mexicana), la experiencia migratoria en Francia, y el oficio de la escritura refuerzan la tesis del desdoblamiento de la autora en un *alter ego* ficticio, una protagonista narradora cuyo nombre jamás se explicita. Como señala Elizabeth Murcia (2018: 72), “el hecho de que la vena ficcional de la autoficción nos impida identificar completamente al autor con el personaje y el narrador [...], no implica, sin embargo, una imposibilidad de acercarse al autor”.

En *El cuerpo en que nací*, Nettel presenta tres personajes ficticios que bien pudieran aludir a arquetipos de mujeres reales de la sociedad hispanoamericana: la abuela conservadora, la madre liberal y la hija/nieta rebelde. Mientras la madre se identifica con “las ideas revolucionarias de izquierda en el México de finales de los años 70, bastante influenciadas por los movimientos juveniles de Mayo del 68 y por el movimiento hippie” (Cárdenas Moreno 2022: 378), los códigos morales de la abuela se sintetizan en un libro titulado *Manual de urbanidad y buenas maneras para uso de la juventud de ambos sexos en el cual se encuentran las principales reglas de civильidad y etiqueta que deben observarse en las diversas situaciones sociales, precedido de un breve tratado sobre los deberes morales del hombre*, obra publicada por primera vez en 1853 por Manuel Carreño y que tuvo una profunda influencia en las clases conservadoras de América Latina.

En la novela de Nettel, la genealogía femenina compuesta por la tríada abuela-madre-hija evidencia numerosos conflictos en su constitución. El principal problema deriva de la discriminación de los valores, actitudes y saberes que deben transmitirse a los nuevos eslabones de la cadena (la hija/nieta narradora). La madre pretende instituir una genealogía propiamente feminista, en el sentido de sus intereses liberadores y de empoderamiento en la educación de sus hijos. Específicamente, focaliza la educación en torno a asuntos

como la liberación sexual, la desinhibición, el empoderamiento económico y la sensibilidad.

De acuerdo con las ideas de la década de 1960 y el movimiento hippie, la progenitora asume y transmite los principios de la liberación sexual. En lugar de los típicos cuentos de hadas, cuenta historias de su propia inspiración con fines educativos. Una de ellas resulta su peculiar versión de *La bella durmiente*, donde un médico le explica a la princesa: “Su majestad debería saber a estas alturas que si su mujer —noble o plebeya— no sangra durante más de treinta días seguidos, lo más probable es que se encuentre preñada” (Nettel 2011:24).

Además del acto discursivo, la mujer predica con el ejemplo en cuanto a su liberación; sus acciones no permanecen al margen del conocimiento de los niños, quienes son conscientes de las actividades y conceptos de la madre:

No leía libros sobre educación (seguramente pensaba que nadie podía enseñarle), en cambio leía religiosamente a Wilhelm Reich y su teoría del orgasmo como curalotodo. Mientras mi hermano y yo construíamos castillos de arena en las playas a las que nos llevaba mi padre, mamá tomaba seminarios en Santa Bárbara sobre cómo desbloquear su energía sexual, cuando en realidad le habría venido mejor un taller para aprender a contenerla” (Nettel 2011:42).

Pese a ciertos reproches, la hija reconoce el mérito de la madre en su educación liberadora; además del plano sexual, su instrucción abarca el abandono de otros tipos de inhibiciones, en un intento de empoderar a la descendencia con relación a su propio cuerpo. La narradora describe las “actividades lúdicas en las que debíamos mover el cuerpo al compás de la música o modelar con barro y después embadurnar con éste nuestro cuerpo desnudo” (Nettel 2011: 42).

Esta liberación sexual propuesta por la madre no está exenta de conflictos; la hija lo percibe como otra forma de disciplina corporal, equiparable a los requerimientos para que caminara erguida o al parche ocular que le impusieron de pequeña. La enérgica

exhortación al contacto físico y la exploración del propio cuerpo evidencia un control simbólico que sustituye las antiguas prohibiciones por imperativos de liberación. La hija percibe con ambigüedad este modelo: mientras reconoce en él una búsqueda de autonomía, experimenta la imposición de un orden alternativo que la incomoda —basta percibir la ironía con que menciona los talleres de la madre para desbloquear la energía sexual o algunos pasajes del colegio Montessori, donde los padres de sus compañeros también manifiestan el mismo comportamiento—. En este sentido, el cuerpo deja de ser un espacio natural o inerte para convertirse en un terreno donde se negocia la herencia ideológica entre madre e hija.

La transmisión de conocimientos, saberes y valores feministas entre ambas no se acota al espacio del cuerpo y la sexualidad. La madre transfiere a sus hijos la importancia de la independencia económica, una condición indispensable para la mujer que pretende emanciparse del patriarcado. En el diálogo con la psicoanalítica, la Dra. Sazlavski, la narradora recuenta una escena familiar:

—Hijitos, escúchenme bien —dijo sentada en la cabecera de nuestra mesa de cedro—. El mundo que les va a tocar a ustedes, cuando crezcan, será mucho más duro y difícil del que tuvimos su padre y yo. Por eso van a tener que estudiar y prepararse para hacerle frente. Mientras, cuenten conmigo para encaminarlos hasta un futuro a salvo de todo (Nettel 2011:41).

En paralelo a las actitudes pragmáticas (la educación en los valores de la liberación sexual, corporal y económica), la novela restituye el lugar simbólico de la mujer en tanto ser procreador. En línea con la propuesta de Luce Irigaray (1994), lo femenino aparece representado como una fuente creadora de “amor, deseo, lenguaje, arte, expresión social, política, religiosa, etc.” (1994: 41), en tanto la madre se repropone de la dimensión maternal a través del vínculo afectivo con sus hijos. Más allá de la reproducción de individuos como resultado de la actividad biológica, el personaje se aboca a la labor creativa de sujetos éticos, un desafío que adopta desde la crianza: “mi madre era también una persona increíblemente

cariñosa, en parte por naturaleza pero también con el objetivo de educar a seres humanos sensibles, capaces de recibir y transmitir afecto” (Nettel 2011: 41).

Aunque la armonía hogareña siempre resultó precaria, los conflictos se acrecientan tras el divorcio de los padres y el deterioro de la salud mental de la madre, quien sufre depresión y abandona el cuidado de los hijos. En tales circunstancias, para rehacer su vida, la mujer se muda a Francia para estudiar un doctorado. La partida deja unas huellas trascendentales en los niños, quienes durante un año quedan al amparo de la abuela. Según el devenir de la historia, el abandono acrecienta el endeudamiento transgeneracional entre la madre y la hija, pues provoca un déficit que nunca llega a pagarse y que de alguna manera pretende afrontar el hecho narrativo —es decir, el recuento de la protagonista en el consultorio de la doctora Sazlavski—.

Este abandono no queda en anécdota, como un pasaje confinado a un momento de la trama; por el contrario, atraviesa transversalmente la historia: la protagonista lo guarda como un débito de la madre hacia ella, una falta en la balanza de la justicia familiar que reaparece en los episodios de desamparo, carencias afectivas y malestar emocional de la narradora. La niña lo interpreta como una deslealtad, una falta inscrita en el “libro mayor” y que influye permanentemente en la relación materno-filial. Desde ese momento, se deteriora el vínculo entre la narradora y su grupo familiar, pues considera el fallo del entorno como una traición. Boszormenyi-Nagy y Spark (1983) alertan las consecuencias de estos casos semejantes en la construcción de la identidad de los niños:

Nuestra sociedad bien podría soportar la carga de un cúmulo de ciudadanos resentidos en lo más profundo y desleales con justificación, si es que los niños siguen siendo producidos en masa por padres que no tienen la intención de cuidarlos, o son emocionalmente incapaces de hacerlo. Toda autoridad, todo miembro leal de la sociedad, o incluso el mundo entero, pueden entonces ser blancos justificados de la frustrada venganza de quienes, en esencia, fueron traicionados desde la cuna (Boszormenyi-Nagy y Spark 1983:41).

El diagnóstico de los psicólogos transgeneracionales encaja con el comportamiento de la narradora de *El cuerpo en que nací*. La frustración con la actitud de la madre la convierte en una “chica outsider” (Wolfenzon 2017: 46), una niña que cuestiona permanentemente las decisiones familiares: “¿Por qué mi madre se aferraba a ese viaje aunque tuviera que dejarnos en manos de su anciana y conservadora madre, cuya figura encarnaba justamente el tipo de educación que no había querido darnos?” (Nettel 2011: 55).

A partir de ese momento, las lealtades invisibles entre madre e hija comienzan a resquebrajarse. La madre, volcada en la afirmación de su libertad, incumple las expectativas de protección y continuidad que su hija deposita en ella; la hija, por su parte, internaliza esa fractura como una traición que altera el orden de la justicia familiar. En el universo moral de la novela, la ruptura del vínculo filial no se limita a un conflicto afectivo, sino que pone en cuestión la coherencia ética de toda la genealogía femenina. La narradora, comprometida por esa doble lealtad —a la madre ausente y a la abuela represiva—, decide escindirse de ambas y comenzar un proceso de exclusión de su linaje femenino sanguíneo, lo que conlleva la búsqueda de nuevas afiliaciones simbólicas fuera del ámbito familiar.

La intensidad de los conflictos transgeneracionales por la rama femenina contrasta con la ligereza con que se trata a la rama masculina de la familia. Si la partida de la madre se juzga con una severidad inflexible, la ausencia del padre se presenta con un tono afectuoso y condescendiente: “¿Qué puedo decir de mi padre? Antes que nada, que se trata de una de las personas más generosas que he conocido en este mundo” (Nettel 2011: 39). Incluso, pese a intuir la existencia de un lado oscuro en la responsabilidad paterna, elige ignorarlo y conservar su visión idílica sobre el progenitor: “a la distancia, me pregunto, doctora Sazlavski, si en ese posicionamiento mío no se escondía también un gran miedo a descubrir algo que no me gustara, algo terrible y ominoso” (Nettel 2011: 135).

La disparidad de la reacción frente al mismo hecho revela el doble estándar para valorar las acciones del hombre y la mujer. Al no considerar el abandono del padre como una deslealtad —como

una deuda registrada en el libro mayor—, queda patente la asimetría entre el linaje masculino y el linaje femenino en la genealogía familiar y en el relato mismo. Mientras la madre es juzgada por su ausencia y convertida en deudora afectiva, el padre queda exento de toda obligación moral: su partida se naturaliza como un gesto inevitable e incluso se representa con tintes heroicos (se le considera una víctima encarcelada por la represión política). Esta diferencia demuestra cómo los registros en el libro mayor aparecen regidos por las leyes simbólicas que suceden al “corte del cordón” y la exclusión de la madre, cómo los actos masculinos se absuelven y los femeninos son sancionados con rigor.

En cierto modo, la relación con la abuela replica esta lógica toda vez que ella representa el linaje patriarcal. La anciana manifiesta esta postura tanto de acción como de palabra. En cuanto a hechos, adopta la postura de una viuda dedicada a mantener el legado del marido; simbólicamente, manifiesta dicha lealtad mediante la conservación inalterable de la casa: preserva afanosamente los muebles, las ropas y cualquier artefacto cotidiano que haya entrado en contacto con el esposo fallecido.

Mudarse al espacio “decimonónico al que nos transportó la abuela” (Nettel 2011: 30) representa una traición a la genealogía feminista que —con sus imperfecciones— pretendía fundar la madre. El empoderamiento y liberación se trastoca por la reclusión y la servidumbre doméstica de la mujer:

En ese universo se imponían algunas leyes totalmente arbitrarias, al menos a mi entender, y que tardé meses en asimilar. Varias de ellas, por ejemplo, se basaban en una supuesta inferioridad de las mujeres respecto de los varones. Según su visión de las cosas, la obligación principal de una niña —antes incluso que asistir a la escuela— era ayudar en la limpieza del hogar. Las mujeres debían, además, vestir y comportarse “adecuadamente”, a diferencia de los hombres, que podían hacer lo que les diera la gana (Nettel 2011: 56).

La supuesta inferioridad de las mujeres respecto a los hombres constituye la premisa de la educación recibida en casa de la abuela.

La señora pretende disciplinar a la protagonista mediante múltiples formas, incluido un estricto código de vestimenta y la prohibición de ciertas actividades (como trepar a los árboles y jugar en el barrio con los demás varones). La narradora lo resume en el siguiente fragmento: “Así fue como yo, aficionada a los jeans y a los pantalones deportivos (...) tuve que regresar varias décadas atrás en el sistema de la moda e incorporar a mis atuendos cotidianos vestidos con encaje y zapatos de charol” (Nettel 2011: 55).

La abuela prosigue la deconstrucción de la genealogía feminista iniciada por la madre (ahora exiliada en una ciudad del sur de Francia). Junto al cambio de régimen cotidiano y el despojo de la autonomía de la niña —evidenciado en el código de vestuario, la restricción de actividades físicas y la relativización en la importancia del estudio—, la anciana renuncia a la dimensión maternal caracterizada por la afiliación amorosa. Como relata la propia narradora, la nueva casa “representaba el territorio menos hospitalario que había conocido hasta ese momento” (Nettel 2011: 30).

En la educación, la abuela transmite los valores que legitiman y reproducen el patriarcado. En paralelo al desapego emocional, la dominación y la defensa de la inferioridad de las mujeres con relación a los hombres, la señora silencia los reclamos de su nieta de manera implacable: “que uno cuestionara algunas de sus decisiones —cosa que nos habían enseñado a hacer tanto mis maestros como mis progenitores— era a sus ojos una falta de respeto y (...) una insolencia muy peligrosa que debía ser reprimida inmediatamente” (Nettel 2011: 57).

La negación de la voz a la niña implica su anulación como sujeto político, un comportamiento acorde a las dinámicas patriarcales. El personaje principal, por su parte, no claudica ante las exigencias de sumisión. A partir de este momento, manifiesta la resistencia ante la autoridad, una actitud que termina por convertirse en su seña de identidad. Como confiesa a su psicoanalista, la doctora Sazlavski, “se trataba de una guerra contra el mundo (...). Yo me había enroulado en ella y no era posible transigir” (Nettel 2011:166).

A pesar de los múltiples viajes de ida y vuelta entre México y Francia, entre la casa de la madre y la casa de la abuela, los conflictos transgeneracionales permanecen irresueltos a lo largo de la novela. Como resultado de las tensiones entre las tres mujeres, el personaje principal experimenta una especie de fuga: el exilio de su genealogía familiar y la elección de otras afiliaciones afectivas, estéticas y políticas. En el espacio diegético, la narradora enaltece las genealogías literarias como forma de reivindicación personal y emancipación: “como en otras ocasiones, encontré compañía y complicidad en el espacio de la lectura. (...) Me dediqué a rastrear autores afines a mis amistades de ese momento, autores en guerra contra las convenciones sociales y amantes de la marginalidad” (Nettel 2011:186).

CONCLUSIONES

El análisis de la novela *El cuerpo en que nací*—desde la perspectiva de las genealogías feministas y la psicología transgeneracional— revela los endeudamientos transgeneracionales y el peso de las lealtades invisibles en las relaciones entre la protagonista, la madre y la abuela.

La primera conclusión ataña a la disparidad de saberes y concepciones que se transmiten en la cadena genealógica. Mientras la abuela asume una postura conservadora y perpetúa el modelo patriarcal, la madre —aunque con incoherencias— adopta los valores del feminismo y la emancipación de la mujer; si la primera valida la tesis de la inferioridad de la femenina respecto al hombre, la segunda aboga por el empoderamiento económico y la liberación sexual.

El conflicto entre estas dos generaciones se mantiene irresuelto durante toda la trama, lo que desemboca en la traición de las lealtades invisibles al interior del grupo. Como consecuencia, la genealogía femenina se quiebra en la tercera generación, pues la protagonista reniega tanto del conservadurismo de la abuela como del espíritu hippie y liberal de la madre. En otras palabras: más que una genealogía de mujeres, la novela representa eslabones aislados, pues la abuela jamás flexibiliza su postura ni se entiende

con su descendencia; por otra parte, la madre tampoco consigue transmitir sus pulsiones desinhibitorias a la hija.

El incumplimiento con las expectativas transgeneracionales deriva en un sentimiento de traiciones mutuas. En el libro mayor de la familia, cada personaje asume el endeudamiento del resto hacia ellos: la niña jamás perdona el abandono transitorio de la madre; la madre siente frustración porque no transmite sus valores éticos y estéticos a la hija; y la abuela percibe que no se pone en valor el sacrificio de cuidar a los nietos ante la ausencia de los padres.

A pesar de estos conflictos multidireccionales, las tensiones no se inscriben en el libro mayor con el mismo peso e intensidad entre todos los personajes. Mientras con la abuela predominan las descripciones objetivas y el tono emocionalmente distante, con la madre abundan los reproches y la exaltación afectiva; mientras con una el daño parece limitado y circunstancial al tiempo de convivencia, con la otra resulta una fisura perpetua y transversal en la psicología de la protagonista. Por tanto, en la contabilidad del endeudamiento transgeneracional, la hija se muestra más indulgente con los actos del linaje masculino (representado por la abuela en la medida en que defiende el orden patriarcal) que con las infracciones del linaje femenino. Así se comprueba también en la exoneración del padre, a quien no se le achaca ninguna deslealtad pese a cometer las mismas acciones que la madre (el abandono de los hijos).

Como recomendación, se propone el análisis de otras novelas de la narrativa hispanoamericana contemporánea bajo el prisma de las genealogías y la psicología transgeneracional, especialmente en textos autobiográficos y autoficcionales donde se represente la infancia. Dicho ejercicio permitiría caracterizarlos vínculos entre las madres, abuelas e hijas, así como los roles desempeñados por cada una al interior de las obras. De igual forma, comparar el tratamiento entre los linajes masculinos y femeninos para valorar sus modos específicos de inscripción en el libro mayor de la familia. En caso de reiteración de los conflictos y resoluciones, podría comenzar a hablarse de patrones transgeneracionales en las genealogías de este entorno sociocultural.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALEXANDER, M. Jacqui; y MOHANTY, Chandra Talpade
2004 “Genealogías, legados, movimientos”. En *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras*. Eds., Bell Hooks, Avtar Brah, Chela Sandoval, Gloria Anzaldúa, Aurora Levins Morales, Kum-Kum Bhavnani, Margaret Coulson, M. J. Alexander y Chandra Talpade Mohanty. Madrid: Traficantes de Sueños, 137-184.
- ANGUIANO TREVIÑO, Karime Aylen
2024 “Construcción de una genealogía: el erotismo lésbico en la novela *Amora* de Rosamaria Roffiel”. *Humanitas. Revista de Teoría, Crítica y Estudios Literarios*. 4, 7, 179-186.
- ARAUJO-HERRERA, Clemencia del Carmen; y ALMEIDA-RODRÍGUEZ, Mónica
2015 “La psicogenealogía, una herramienta en la medicina”. *Revista CES Salud Pública*. 6, 1, 94-99.
- BECERRA MAYOR, David
2019 “Leer desde la ruptura. Propuesta teórica para explorar el potencial político de una genealogía literaria interrumpida”. *Kamchatka. Revista de análisis cultural*. 14, 319-348. <https://doi.org/10.7203/KAM.14.13702>
- BERNÁRDEZ-RODAL, Asunción
2020 “Rosario de Acuña: una genealogía feminista del animalismo en la literatura decimonónica”. *Historia y Comunicación Social*. 25, 2, 463-472. <https://doi.org/10.5209/HICS.72277>
- BOSZORMENYI-NAGY, Iván; y SPARK, Geraldine M.
[1983] 2012 *Lealtades invisibles: Reciprocidad en terapia familiar intergeneracional*. 2^a ed. Buenos Aires: Amorrortu.
- BREGANNI, Roberto
2021 “Umbrales de disruptión: notas iniciales para una genealogía de las intervenciones críticas y didácticas sobre literatura y perspectivas sexogenéricas”. *Saga. Revista de Letras*. 14, 64-96. <https://doi.org/10.35305/sa.vi14.206>
- CÁRDENAS MORENO, Mónica
2022 “Exilios y desplazamiento identitario en *El cuerpo en que nací* (2011) de Guadalupe Nettel”. En *Migraciones, viajes y*

transferencias culturales: huellas de movilidades entre México, Centroamérica, Francia y España (1821-2021). Editorial de la Sede del Pacífico, Universidad de Costa Rica, 373-389.

DE LEÓN ALVARADO, Carla Yadira

2020 “Luz Méndez de la Vega: Ancestra de la genealogía feminista guatemalteca”. En *Luz Méndez de la Vega: pensamiento crítico con perspectiva feminista. Estudio crítico y catálogo*. Coords., Gladys Tobar y Guisela López. Guatemala: Universidad de San Carlos de Guatemala, 95-105.

ESCOBAR GUZMÁN, Carlos Octavio

2018 *El cuerpo que soy. La poética de la corporalidad en la obra de Guadalupe Nettel: mirada, erotismo y psique*. Guanajuato: Universidad de Guanajuato.

GONÇALVEZ, Luis

2005 “La metodología genealógica y arqueológica de Michel Foucault en la investigación en Psicología Social”. En *Tránsitos de una Psicología Social*. Eds., Joaquín Marques, Ana Protesoni y María Ana Folle

GONZÁLEZ RUIZ, Sandra Ivette

2019 “Escribir en dictadura, poetas feministas chilenas. Hacia una genealogía”. *Entre Diversidades. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*. 13, 99-135. <https://doi.org/10.31644/ED.V6.N2.2019.A0400004>

IRIGARAY, Luce

1994 “El cuerpo a cuerpo con la madre”. *Debate Feminista*. 10 de septiembre 1994, 32-44.

MORALES-PINO, Luz Ainaí

2022 “*El patriotismo de la mujer* (1876) de Mercedes Cabello: resignificaciones, desplazamientos y tensiones en la articulación de una genealogía feminista”. *452°F. Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*. 26, 135-153. <https://doi.org/10.1344/452f.2022.26.9>

MURCIA, Elizabeth

2018 “Figura de autor e identidad marginal en *El cuerpo en que nací*, de Guadalupe Nettel”. *Diseminaciones*. 1, 2, 71-88.

- NETTEL, Guadalupe
2011 *El cuerpo en que nací*. Barcelona: Anagrama.
- RESTREPO, Alejandra
2016 “La genealogía como método de investigación feminista”. En *Lecturas críticas en investigación feminista*. Coords., Norma Blázquez Graf y Martha Patricia Castañeda Salgado. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 23-43.
- RODRÍGUEZ, Rosa María
1997 “Del olvido en la ficción: hacia una genealogía de las mujeres”. En *Mujeres en la historia del pensamiento*. Barcelona: Anthropos, 33-59.
- RODRÍGUEZ, Rosa María
2004 *Foucault y la genealogía de los sexos*. Barcelona: Anthropos.
- TENNENINI, Roberta
2020 “Figuraciones de la subjetividad contemporánea y poética de la errancia en *Después del invierno* de Guadalupe Nettel”. *ILCEA. Revue de l'Institut des langues et cultures d'Europe, Amérique, Afrique, Asie et Australie*. 41, 2020. <https://doi.org/10.4000/ilcea.11093>
- WOLFENZON, Carolyn
2017 “El fantasma que nos habita: *El huésped* y *El cuerpo en que nací* de Guadalupe Nettel como espejo político de México”. *Latin American Literary Review*. 44, 88, 41-50.

Recepción: 27/04/2025

Aceptación: 17/10/2025